

La calle
Diario de un espectador
Sicko, de Michael Moore
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 17 de octubre de 2007

El viernes se estrenó el nuevo documental de Michael Moore, el cineasta norteamericano que irrita tanto como entusiasmo y que por lo tanto cosecha críticas ácidas y aplausos vibrantes. Su nueva cinta, titulada Sicko, es una exposición feroz del sistema de salud en los Estados Unidos, o mejor dicho de los inconvenientes de carecer de un sistema de salud. Los norteamericanos, en efecto, cuentan entre las personas más desvalidas del mundo en materia de cuidados médicos. Casi no hay hospitales públicos, apenas unos cuantos dispensarios atendidos por grupos religiosos o civiles, y la atención hospitalaria privada cuesta un ojo de la cara, como se ha mostrado abundantemente en el cine comercial. ¿Recuerdan ustedes la estrujante historia de John Q, el atribulado padre de familia encarnado por Denzel Washington, que secuestra al personal y la clientela de un hospital para forzarlos a que atiendan a su hijo, pues quieren echarlo porque él no puede pagar la cuenta?

Por esa carencia, apenas puede cubrir la prima correspondiente el norteamericano medio adquiere un seguro de gastos médicos. No sabe en la que se mete. Al contrario de lo que se cree, las aseguradoras harán lo imposible, lo más inescrupuloso, para evitar que los clientes se atiendan a su cargo. La “letra chiquita” en los contratos está dedicada a establecer excepciones, de suerte que es remota la posibilidad de que el seguro reembolse las erogaciones que implica una intervención quirúrgica o solamente una batería de exámenes clínicos. Y ni siquiera paga la factura de los medicamentos requeridos. Cuando no los cubre el seguro la compra de fármacos descompensa cualquier equilibrio financiero. Esas dos industrias, la de los seguros y la farmacéutica, prosperan sin que la crítica social las dañe, porque sus accionistas y altos ejecutivos son donantes significativos en las campañas políticas y cuentan por lo tanto con poderosas influencias en el Congreso.

La ahora precandidata presidencial, senadora Hillary Clinton pretendió establecer un programa de salud pública que resultó derrotado por esas industrias, que hicieron creer que era el primer paso al socialismo. Moore muestra que no se trata de eso. Después de pintar con su mordacidad cruel la vulnerabilidad de los norteamericanos, se deleita viajando a Canadá (que ya antes, en Colombine, le sirvió de contraste con su país en materia de armas), la Gran Bretaña y Francia, para mostrar la felicidad de sociedades donde el sistema de salud es universal y gratuito. La comparación llega a su climax cuando el punto de referencia es Cuba: Moore organiza un viaje de rescatistas del once de septiembre cuya salud quedó afectada por su heroica labor en esa fecha y no pueden pagarse la atención que requieren. Pretende, al llevarlos en tres embarcaciones a la base norteamericana de Guantánamo, que se les dispensen los cuidados que, paradójicamente, brinda el gobierno de Washington a sus prisioneros a los que, salvo ese rasgo incomprensible de humanitarismo, trata como si fueran animales.

Ante el rechazo a ese pedido, Moore y su caravana se quedan unos días en Cuba misma, cuyo sistema de salud es verdaderamente superior (y en la cinta aparece en cotas aun más altas que esa). Los bomberos y otros rescatistas son sometidos a curaciones de emergencia y se les dota de medicamentos que cuestan nada en comparación con lo que hay que pagar por fármacos semejantes en Estados Unidos.

Quienes detestan a Moore le reprochan ser faccioso y amarillista. Pero mire usted lo que son las cosas: cuando un detractor suyo anunció que suspendería la página web donde cuestiona e insulta al cineasta porque necesitaba trabajar para costear una enfermedad de su esposa, Moore le envió un cheque por doce mil dólares